

Santidad y vida cotidiana en el mensaje de san Josemaría

Francisco Juan Martínez Rojas
Vicario General de la Diócesis de Jaén

Sean mis primeras palabras de obligado agradecimiento a D. Antonio Guillén Gea, Presidente de la Fundación Catalina Mir, por haberme invitado a participar en este VII Simposio san Josemaría, que tiene como tema aglutinador de las diversas ponencias y actividades *Nuevos escenarios de libertad. Cristianismo en el s. XXI*. Desde la amistad que me une a Antonio y la ineludible gratitud que despierta en mí su benevolencia hacia mi persona, acepté en su día esta encomienda, sabiendo, con toda humildad, que es hermana del santo realismo y del bienaventurado sentido común, que hay muchas personas que pueden hablar más y mejor que yo, del tema que se me encomendó. A la comprensión del amable auditorio me acojo también en esta tarde conclusiva, agradeciéndoles de antemano su generosa atención, después de día y medio de intensos trabajos.

NUEVA ETAPA EVANGELIZADORA.

En la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, Su Santidad el Papa Francisco ha querido dirigirse a todos los fieles

cristianos *para invitarlos a una nueva etapa evangelizadora marcada por esa alegría* [la del Evangelio], *e indicar caminos para la marcha de la Iglesia en los próximos años* (nº 1). La alegría del Evangelio se renueva y se comunica. Se renueva porque no es una realidad que empiece a florecer ahora. La nueva evangelización, o la conversión pastoral, como le gusta llamar al Papa Francisco a este empuje evangelizador, es un proceso que arranca de atrás. En sus aspectos más novedosos, podríamos señalar que el concilio Vaticano II constituye su pistoletazo de salida, encontrando en la exhortación apostólica del beato Pablo VI *Evangelii Nuntiandi* una espléndida continuación. Pero, sin duda alguna, fue en el rico pontificado de San Juan Pablo II cuando la nueva evangelización experimentó un empuje dinamizador que llega hasta nuestro hoy. El querido y recordado Pontífice, que aprobó la Prelatura Personal del Opus Dei, y beatificó y canonizó a san Josemaría, invitó a la Iglesia a retomar el perenne mandato de Cristo de anunciar el evangelio a todos los pueblos, pero haciéndolo con nuevo ardor, nuevos métodos y nuevas expresiones.

El Papa emérito Benedicto XVI continuó el camino señalado por su venerable predecesor, y dedicó la XIII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos al tema de la Nueva Evangelización. Y ahora, el Papa Francisco nos invita a redescubrir la alegría del Evangelio, en un proceso que debe ser continuo, para poder anunciar esa *alegría que llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús* (*Evangelii gaudium* nº 1), con credibilidad al mundo de hoy.

En ese proceso, es la realidad bautismal la que nos une a todos. Es el Señor Jesús el Elegido y el que elige, y todos somos miembros de una Iglesia rica en dones, todos llamados a la santidad, recorriendo el camino de nuestra vida con los *ojos puestos en Jesús, que inició y completa nuestra fe* (Hb 12,2) y puesto el corazón en las *Bienaventuranzas* (Mt 5, 1-12). Esta vocación común, vivida como cuerpo eclesial, vivida en medio de nuestras realidades de hoy, tiene una fuerte dimensión apostólica: *para que el mundo crea* (Jn 17, 21). Es en el testimonio de los creyentes, en nuestro testimonio, donde mejor se podrá percibir la alegría del Evangelio, el Evangelio que es gozo y camino de plenitud. Éste es nuestro horizonte común.

SAN JOSEMARÍA, PIONERO DE LA ALEGRÍA DEL EVANGELIO.

San Josemaría fue, sin duda, un pionero de la *alegría del Evangelio*. En su vida y en su obra se manifiesta una poderosa visión profética de los tiempos nuevos que le esperaban a la Iglesia. Él fue un hombre de su tiempo, un hombre que supo escudriñar desde una profunda fe la hondura de la historia que le tocó vivir. Fue un sacerdote que, desde su entrega a Jesucristo y a la Iglesia, no volvió la espalda al tiempo que le correspondió, sino que se insertó en las entrañas de una época, de una sociedad, de una nación, sabiendo que ése era el lugar en el que Dios quería que alcanzase la santidad, y no otro.

Con un siglo apenas empezado, San Josemaría nace en 1902, un año antes de la muerte de León XIII, el Papa que abre la Iglesia al mundo obrero y a la sociedad contemporánea, y

fallece en 1975, año de tantas resonancias políticas en nuestro país y a nivel de Iglesia universal, año jubilar que, en palabras del Papa que lo abrió, el beato Pablo VI, debía ser un tiempo para experimentar la misericordia de Dios, en unos momentos de fuertes tensiones políticas en el mundo, y de desconcierto eclesial, en el que la pretensión prometeica de vivir al margen de Dios, desde una autoconstrucción de la vida, se presentaba como signo de modernidad, pero excluyendo decididamente la posibilidad de que Dios obrase en la vida de las personas.

El ambiente en el que creció y fue madurando su vocación cristiana y sacerdotal san Josemaría era lo menos proclive posible para tener una visión positiva del mundo y de las realidades creadas. La Iglesia, con la llegada del liberalismo, consideraba de modo general al mundo y a la sociedad como enemigos con los que era imposible el más mínimo diálogo, y del que los cristianos, para hallar la santidad, tenían que huir. Por eso, muchos creyentes vivían entonces reclusos en una psicosis de asedio, limitándose frente al mundo a una apologética defensiva y angustiosa de los fundamentos de su fe frente a una sociedad que era consideradamente globalmente como hostil.

Por otro lado, la llamada *teología de la perfección cristiana*, dominada por el clericalismo o el monacalismo imperantes en la Iglesia desde siglos atrás, había restringido el acceso a la santidad a los seglares, como si fuesen cristianos no digo de segunda, de tercera categoría. La *perfección adquirida* –*perfectio acquisita*– se obtenía de modo eminente con la profesión religiosa, emitiendo los tres votos de pobreza, castidad y obediencia.

cia. La vida religiosa, considerada como anticipo en la tierra de la vida eterna, parecía excluir la santificación de los laicos en las tareas cotidianas, en primer lugar, por su consideración como cristianos no adultos todavía, en minoría de edad espiritual, y además, en segundo lugar, por su implicación en las tareas del mundo, en la mundanidad, que era juzgada globalmente de manera negativa, como hemos señalado ya. Como mucho, se proponían a los laicos los carismas monásticos, adaptados a su laicidad: es el caso de las terceras órdenes.

No se puede olvidar tampoco que la espiritualidad de la época ponía el acento en la *fuga mundi*: sólo huyendo del mundo, o reclusándose en ámbitos que no estuviesen abiertos a las realidades creadas se podía ser santo. Incluso a los sacerdotes seculares se nos proponían modelos monásticos o religiosos: jesuitas como directores espirituales, o libros de lectura espiritual como *Jesucristo, ideal del monje*, de dom Columba Marmion.

En este ambiente en que se movieron los primeros años de la vida de san Josemaría, sorprende ver cómo el futuro santo supo ir a la hondura de la revelación divina para no quedar atrapado por un paradigma religioso, que estaba abocado al más completo fracaso, por no responder precisamente a la voluntad de Dios manifestada en su Palabra y en la más genuina tradición de la Iglesia.

San Josemaría vio con claridad que la solución de la trágica ruptura entre cultura y evangelio, entre sociedad e Iglesia estaba no en una dialéctica de estéril enfrentamiento, sino en unir armónicamente ambas realidades desde una fe que bro-

taba del contacto vivo con el Dios que se había revelado en el tiempo, en la historia, en la carne, a través de su Hijo Jesucristo. Parafraseando a un padre de la Iglesia, san Josemaría no perdió el tiempo limitándose a ver lo imperfecta que era la creación a causa del pecado, sino recordando la vocación primera a la que Dios llamó a la humanidad –*ser santos, como Él es santo* (Lv 19,2; Mt 5,48; 1Pe 1,16)-, y que en Jesucristo, el hombre nuevo que reconcilió a la humanidad con Dios –*el Santo de los Santos de Dios* (Mc 1,24)-, se presentaba a cualquier hombre, a toda mujer como un proyecto atrayente, sugestivo, creíble, realizable.

Así, san Josemaría trabajó y se esforzó durante toda su vida por limpiar de turbias adherencias la belleza originaria del mensaje evangélico, ofreciendo con su ministerio el testimonio de un cristianismo atractivo, amable, deseable, coherente, y digno de ser vivido con toda alegría y con toda ilusión, sin menoscabo de lo mejor de la condición humana.

Viendo cómo las circunstancias de cada época marcan y limitan a las personas, me he preguntado en varias ocasiones cómo pudo san Josemaría superar las férreas barreras de su tiempo, fuera y dentro de la Iglesia, para ir al núcleo más esencial del mensaje cristiano y proponer de manera tan profética lo que hoy vemos como normal –la llamada universal a la santidad (*Lumen Gentium* nº 39)-, pero que entonces parecía ser una llamada restringida a unos pocos elegidos. Creo que, aparte de la elección que Dios hizo de él y su respuesta a la gracia divina, fue su contacto con la realidad pastoral, primero en la parroquia de Perdiguera, cerca de Zaragoza, y luego en

Madrid, en el hospital que regentaban las Damas Apostólicas, donde de 1925 a 1928, san Josemaría palpó la hondura de la existencia humana con pobres y enfermos, y descubrió que era allí, en esa realidad tantas veces no grata humanamente hablando, donde Dios quería que fuese santo. Allí, y no huyendo del mundo, sino plantándose, como fecunda semilla, en las entrañas de un mundo que, aun herido por el pecado, fue creado por Dios, que vio que todo lo que había hecho era bueno y bello, según nos dice el relato del primer capítulo del libro del Génesis, que utiliza para calificar a la creación una palabra, *tôb*, que posee un significado rico y profundo, ya que se puede traducir como bueno y bello a la vez, lo que indica cómo en lo que está bien hecho –como la creación de Dios- se evidencia, se manifiesta la belleza a través de un halo de gracia, de encanto, de hermosura en definitiva.

Por ello, como predicó san Josemaría, *hemos de amar el mundo, el trabajo, las realidades humanas. Porque el mundo es bueno; fue el pecado de Adán el que rompió la divina armonía de lo creado, pero Dios Padre ha enviado a su Hijo unigénito para que restableciera esa paz. Para que nosotros, hechos hijos de adopción, pudiéramos liberar a la creación del desorden, reconciliar todas las cosas con Dios (Es Cristo que pasa nº 112).*

Junto con su trabajo pastoral en el hospital, en Madrid, san Josemaría también estudió jurisprudencia y se dedicó a la enseñanza del derecho civil y canónico en una academia para sostener a la familia: en la hondura de la historia. Él intuía que en aquel apostolado del dolor no era el definitivo plan de Dios para él, pero realizaba con espíritu de servicio esta mi-

sión. Vio con claridad que Dios le llamaba en ese momento a estar allí, en el hospital y en la docencia, y luego vendrían otras tareas que cumplir, porque lo importante era cumplir siempre la voluntad de Dios, con sus ritmos y sus espacios, no según nuestros pobres criterios. Como escribió posteriormente, *Dios nos llama a través de las incidencias de la vida de cada día, en el sufrimiento y en la alegría de las personas con las que convivimos, en los afanes humanos de nuestros compañeros, en las menudencias de la vida de familia. Dios nos llama también a través de los grandes problemas, conflictos y tareas que definen cada época histórica, atrayendo esfuerzos e ilusiones de gran parte de la humanidad (Es Cristo que pasa nº 110).*

Un texto antológico resume a la perfección esta novedosa perspectiva, que en los años 30 y 40 era absolutamente una visión de futuro: *Este mundo nuestro es bueno, porque salió bueno de las manos de Dios. Fue la ofensa de Adán, el pecado de la soberbia humana, el que rompió la armonía divina de lo creado. Pero Dios Padre, cuando llegó la plenitud de los tiempos, envió a su Hijo Unigénito, que —por obra del Espíritu Santo— tomó carne en María siempre Virgen, para restablecer la paz, para que, redimiendo al hombre del pecado, adoptionem filiorum recipemus (Gal 4,5), fuéramos constituidos hijos de Dios, capaces de participar en la intimidad divina: para que así fuera concedido a este hombre nuevo, a esta nueva rama de los hijos de Dios (cfr. Rom 6,4-5), liberar el universo entero del desorden, restaurando todas las cosas en Cristo (cfr. Eph 1,9-10), que las ha reconciliado con Dios (cfr. Col 1,20) (Es Cristo que pasa nº 183).*

Subrayaba en 1993 el entonces cardenal Joseph Ratzinger que en este espléndido texto, las grandes verdades de la fe cristiana (el amor infinito de Dios Padre, la bondad originaria de la creación, la obra redentora de Cristo Jesús, la filiación divina, la identificación del cristiano con Cristo...) son traídas a colación con el fin de iluminar la vida del cristiano y, más en particular, la vida del cristiano que vive en medio del mundo, empeñado en las múltiples y complejas ocupaciones seculares. Y el futuro Benedicto XVI advertía cómo en el citado texto de san Josemaría, las perspectivas dogmáticas de fondo se proyectan sobre la existencia concreta, y ésta, a su vez, impulsa a considerar de nuevo, con una preocupación inédita, el conjunto del mensaje cristiano; de esta suerte, se produce un movimiento en espiral, que implica y sostiene a la reflexión teológica (*Mensaje en el Simposio Teológico "Santidad y Mundo"*).

Aquellos años juveniles, los primeros de su ministerio sacerdotal de san Josemaría, fueron decisivos en la búsqueda de la santidad. El dolor de la enfermedad, la precariedad de la vida humana que manifiesta la falta de salud, las necesidades de los pobres, de los niños a los que impartía catequesis y confesaba en el hospital madrileño de las Damas Apostólicas, hicieron que san Josemaría contemplase el mundo con los ojos de Dios, ojos de misericordia, ojos compasivos, en el mejor sentido etimológico –*cum patere*–, ojos que sólo desde la trascendencia de Dios pueden contemplar la verdadera realidad del hombre. Por ello pudo decir: *Si recorréis las Escrituras Santas, descubriréis constantemente la presencia de la misericordia de Dios: llena la tierra, se extiende a todos sus hi-*

jos, super omnem carnem; nos rodea, nos antecede, se multiplica para ayudarnos, y continuamente ha sido confirmada. Dios, al ocuparse de nosotros como Padre amoroso, nos considera en su misericordia: una misericordia suave, hermosa como nube de lluvia (Es Cristo que pasa nº 7).

LA MISERICORDIA DE DIOS TIENE UN NOMBRE: JESUCRISTO.

Y la respuesta a la misericordia de Dios, que ha querido hacernos hijos suyos en el bautismo, es la santidad. Un cuarto de siglo después de la muerte de san Josemaría, el Pontífice, también santo, Juan Pablo II, en la carta apostólica *Novo Millennio ineunte*, ofrecía a la Iglesia un plan pastoral para el futuro, para el tercer milenio de la fe cristiana, apenas iniciado. Y, para sorpresa de muchos, San Juan Pablo II señalaba a toda la Iglesia, como perspectiva obligada de su camino pastoral en el futuro, nada más y nada menos que la santidad: *No dudo en decir que la perspectiva en la que debe situarse el camino pastoral es el de la santidad.* Continuaba afirmando el querido y recordado Papa: *En realidad, poner la programación pastoral bajo el signo de la santidad es una opción llena de consecuencias. Significa expresar la convicción de que, si el Bautismo es una verdadera entrada en la santidad de Dios por medio de la inserción en Cristo y la inhabitación de su Espíritu, sería un contrasentido contentarse con una vida mediocre, vivida según una ética minimalista y una religiosidad superficial. Preguntar a un catecúmeno, «¿quieres recibir el Bautismo?», significa al mismo tiempo preguntarle, «¿quieres ser santo?» Significa po-*

nerle en el camino del Sermón de la Montaña: «Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial» (Mt 5,48 (*Novo Millennio Ineunte* nn. 30-31).

San Josemaría, de palabra y por escrito, invitaba con frecuencia a caer en la cuenta de esta realidad básica para todo cristiano: la vocación a la santidad, no restringida a unos pocos elegidos, sino como llamada universal: *Es necesario repetir una y otra vez que Jesús no se dirigió a un grupo de privilegiados, sino que vino a revelarnos el amor universal de Dios. Todos los hombres son amados de Dios, de todos ellos espera amor. De todos, cualesquiera que sean sus condiciones personales, su posición social, su profesión u oficio. La vida corriente y ordinaria no es cosa de poco valor: todos los caminos de la tierra pueden ser ocasión de un encuentro con Cristo, que nos llama a identificarnos con El, para realizar —en el lugar donde estamos— su misión divina (Es Cristo que pasa n° 110).*

Sentirse llamados a encontrar la santidad en la vida corriente y ordinaria, en el trabajo cotidiano, en las penas y fatigas de cada día es algo que, en sí, no puede sino provocar nuestro asombro agradecido, a poco que lo consideremos. Escribe san Josemaría: *Piensa en lo que dice el Espíritu Santo, y llénate de pasmo y de agradecimiento: “elegit nos ante mundi constitutionem” —nos ha elegido, antes de crear el mundo, “ut esemus sancti in conspectu eius!” —para que seamos santos en su presencia.*

El camino de la santidad es un camino arduo y fácil a la vez. Arduo porque es una tarea de toda la vida, con sus avances y sus retrocesos. Y fácil porque Dios nos da todos los me-

dios para que lleguemos a la meta a la que nos llama, y que San Juan Pablo II enumeraba en el ya citado documento: el arte de la oración (nn. 32-34), la Eucaristía (nn. 35-36), el sacramento de la Reconciliación (nº 37), y la acción de su gracia en nosotros y la escucha de la Palabra de Dios (nn. 38-39). Como había escrito anteriormente San Josemaría, éstos son los medios, *los mismos que [tuvieron] los primeros fieles, que vieron a Jesús, o lo entrevistaron a través de los relatos de los Apóstoles o de los Evangelistas (Forja nº 10).*

—*Ser santo no es fácil, pero tampoco es difícil*, afirmaba san Josemaría. *Ser santo* –continuaba diciendo– *es ser buen cristiano: parecerse a Cristo. —El que más se parece a Cristo, ése es más cristiano, más de Cristo, más santo (Forja nº 10).*

Y aquí aparece una clave de la visión teológica y espiritual de San Josemaría sobre la santidad: Jesucristo. No como un vago recuerdo, como un referente cultural o reducido a una simple ideología, sino como lo que es: el Hijo de Dios encarnado, muerto y resucitado, que vive en nuestro mundo y en nuestra historia.

Con toda razón advirtió, en 1993, el cardenal Joseph Ratzinger, que en cuanto uno se acerca a la vida de san Josemaría o lee sus escritos, hay una realidad que salta a la vista: un sentido muy vivo de la presencia de Cristo. *Enciende tu fe. —No es Cristo una figura que pasó. No es un recuerdo que se pierde en la historia. ¡Vive! Jesus Christus heri et hodie: ipse et in saecula! —dice san Pablo— ¡Jesucristo ayer y hoy y siempre!*, escribe en Camino (nº 584).

Este Cristo vivo es, además, un Cristo cercano, un Cristo en el que el poder y la majestad de Dios se tornan presentes a través de las cosas humanas, simples, ordinarias. Si la búsqueda de la santidad nos debe empujar a vivir en plenitud la vida ordinaria, debemos vivirla desde la comunión de sentimientos con la vida terrena del Maestro, convirtiéndonos en el decimotercer, quincuagésimo o millonésimo apóstol y discípulo suyo, para que nuestra vida pueda tener sentido desde la vida de Cristo: ¡Vive junto a Cristo!: debes ser, en el Evangelio, un personaje más, conviviendo con Pedro, con Juan, con Andrés..., porque Cristo también vive ahora: “*Jesus Christus, heri et odie, ipse et in saecula!* —¡Jesucristo vive!, hoy como ayer: es el mismo, por los siglos de los siglos (Forja n° 8).

Descubrimos así cómo, por decirlo con un adagio clásico, a san Josemaría le gustaba ver cómo *Maximus in minimis Deus ostenditur*. Por ello, al hablar del cristocentrismo acentuado y singular de san Josemaría, hay que advertir su predilección por la contemplación de la vida terrena de Jesús. Así escribe: *Jesús, creciendo y viviendo como uno de nosotros, nos revela que la existencia humana, el quehacer corriente y ordinario, tiene un sentido divino. Por mucho que hayamos considerado estas verdades —prosigue afirmando—, debemos llenarnos siempre de admiración al pensar en los treinta años de oscuridad, que constituyen la mayor parte del paso de Jesús entre sus hermanos los hombres. Años de sombra, pero para nosotros claros como la luz del sol. Mejor, resplandor que ilumina nuestros días y les da una auténtica proyección, porque somos cristianos corrientes, que llevamos una vida ordinaria, igual a la de tantos millones*

de personas en los más diversos lugares del mundo (Es Cristo que pasa nº 14).

CON JOSÉ Y MARÍA, EN EL HOGAR DE NAZARET.

Manifestando esa predilección por la vida terrena de Cristo como modelo para la propia santificación, y acogiendo el mandato divino de transformar el mundo a través del trabajo realizado según Dios, no nos puede sorprender la insistencia de san Josemaría, y su predilección afectuosa por la contemplación del hogar de Nazaret, lugar de convivencia de la Sagrada Familia, y escenario también de su silencioso y eficaz trabajo. Desde esta rica perspectiva que nos señala san Josemaría, junto a Jesús contemplamos en Nazaret a la Santísima Virgen María y a su castísimo esposo, el Santo Patriarca José, como modelos, como referentes obligados de vida oculta y cotidiana para los cristianos. Esta aleccionadora visión de los años ocultos de la vida terrena del Salvador hace que Nazaret sea, como recordó el beato Papa Pablo VI, para Cristo –y para nosotros– *escuela de oración, vida familiar y trabajo* (Alocución del Papa Pablo VI el 3 de enero de 1964 en Nazaret).

Nazaret, con todo lo que representa, es también para nosotros escuela de santidad, pues, como predicó san Josemaría, *Jesús, creciendo y viviendo como uno de nosotros, nos revela que la existencia humana, el quehacer corriente y ordinario, tiene un sentido divino. Por mucho que hayamos considerado estas verdades, debemos llenarnos siempre de admiración al pensar en los treinta años de oscuridad, que constituyen la mayor parte del paso de Jesús entre sus hermanos los hombres. Años de*

sombra, pero para nosotros claros como la luz del sol. Mejor, resplandor que ilumina nuestros días y les da una auténtica proyección, porque somos cristianos corrientes, que llevamos una vida ordinaria, igual a la de tantos millones de personas en los más diversos lugares del mundo (Es Cristo que pasa nº 14).

Igual que los tres años de vida pública de Cristo no se explican sin los treinta previos de vida oculta en Nazaret, nuestra santidad no será eficaz y fructífera sin nuestros particulares Nazarets: *Dios no te arranca de tu ambiente, no te remueve del mundo, ni de tu estado, ni de tus ambiciones humanas nobles, ni de tu trabajo profesional... pero, ahí, ¡te quiere santo! (Forja nº 362).*

No se trata, pues, de realizar grandes prodigios o de recibir el reconocimiento general de los demás; la santidad no está en acometer grandes empresas ni asumir retos inconmensurables. *La santidad* —escribe san Josemaría— *no consiste en grandes ocupaciones. —Consiste en pelear para que tu vida no se apague en el terreno sobrenatural; en que te dejes quemar hasta la última brizna, sirviendo a Dios en el último puesto..., o en el primero: donde el Señor te llame (Forja nº 61).*

SANTOS PARA DIOS Y PARA LOS DEMÁS.

Lo mismo que Cristo, tras sus treinta años de vida oculta, inició su ministerio convirtiéndose en el Dios verdadero y hombre verdadero “para los demás” (S. Juan Pablo II, *Audiencia general* 14 septiembre 1983), la santidad no podemos entenderla como una conquista personal que nos encierra en nosotros en una autocomplacencia, lo que en realidad tendría

mucho de larvada soberbia. Al contrario, el sentirnos llamados por Dios, nuestro Padre, a vivir como hijos suyos en el mundo, siendo *santos e irrefragables ante Él por el amor* (Ef 1,4), debe hacer que ese amor dinamice nuestra santidad a través del testimonio. Nuestra vida, nuestras palabras, nuestras obras, nuestro trabajo deben proclamar, como recuerda el concilio Vaticano II, San Juan Pablo II y el Catecismo de la Iglesia Católica, que *realmente, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado... Cristo, el nuevo Adán, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación* (*Gaudium et spes* n° 22; encíclica *Redemptor hominis* n° 8; cf. *Catecismo de la Iglesia católica* n° 359). Para ser santos en la vida ordinaria, debemos proclamar que la vida del hombre, sin Dios, es un absurdo condenado al más absoluto fracaso, pero cuando el ser humano abre su corazón a Cristo, sin miedos ni complejos, responde a la llamada de amor que Dios dirige a todos los hombres.

San Josemaría estaba profundamente convencido de que la vida cristiana entraña una misión y un apostolado, un testimonio creíble en el mundo. Él pensaba acertadamente que los cristianos estamos en el mundo para cooperar con Cristo en su salvación. Por eso, entendió e hizo suyas las palabras de Cristo a Nicodemo: *Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna* (Jn 3,16). San Josemaría amó apasionadamente el mundo, con un amor redentor (cf. *Catecismo de la Iglesia católica* n° 604). Precisamente por eso, sus enseñanzas han ayudado a tantos cristianos corrientes a descubrir la fuer-

za redentora de la fe, su capacidad de transformar la tierra (cf. S. Juan Pablo II, *Homilía en la canonización de san Josemaría*).

Ésa es nuestra tarea. *Nuestra misión de cristianos –afirmaba san Josemaría– es proclamar esa Realeza de Cristo, anunciarla con nuestra palabra y con nuestras obras. Quiere el Señor a los suyos en todas las encrucijadas de la tierra. A algunos los llama al desierto, a desentenderse de los avatares de la sociedad de los hombres, para hacer que esos mismos hombres recuerden a los demás, con su testimonio, que existe Dios. A otros, les encomienda el ministerio sacerdotal. A la gran mayoría, los quiere en medio del mundo, en las ocupaciones terrenas. Por lo tanto, deben estos cristianos llevar a Cristo a todos los ámbitos donde se desarrollan las tareas humanas: a la fábrica, al laboratorio, al trabajo de la tierra, al taller del artesano, a las calles de las grandes ciudades y a los senderos de montaña... Cada cristiano debe hacer presente a Cristo entre los hombres; debe obrar de tal manera que quienes le traten perciban el bonus odor Christi, el buen olor de Cristo; debe actuar de modo que, a través de las acciones del discípulo, pueda descubrirse el rostro del Maestro (Es Cristo que pasa nº 105).*

Que los demás descubran el rostro del Maestro, de Cristo a través de nuestras acciones. Ese deseo de san Josemaría lo expresó también san Juan Pablo II en la ya mencionada exhortación apostólica *Novo Millennio Ineunte*, cuando, tomando como punto de partida la petición que hicieron al apóstol Felipe unos griegos que habían ido a Jerusalén -*Queremos ver a Jesús (Jn 12,21)*-, comentaba: *Como aquellos peregrinos de hace dos mil años, los hombres de nuestro tiempo, quizás no siempre*

conscientemente, piden a los creyentes de hoy no sólo «hablar» de Cristo, sino en cierto modo hacérselo «ver». ¿Y no es quizá cometido de la Iglesia reflejar la luz de Cristo en cada época de la historia y hacer resplandecer también su rostro ante las generaciones del nuevo milenio? Nuestro testimonio sería, además, enormemente deficiente si nosotros no fuésemos los primeros contempladores de su rostro (nº 16).

Priorizar la contemplación del rostro de Cristo para poder transparentarlo es condición necesaria para el cristiano que debe dar testimonio del Evangelio en el mundo. En tiempos recientes se habló de una praxis contemplativa, en la que la mística de la existencia cristiana se encontraba en la acción constante de la vida diaria. Ello ha conducido a más de un fracaso, puesto que no podemos afrontar los desafíos de la cotidianidad sin esa experiencia previa de la contemplación. Es decir, no podemos evangelizar, si antes no priorizamos el encuentro con el Señor. En *Camino* escribió san Josemaría unas palabras que resultaron proféticas para el inmediato posconcilio, y aún no han perdido su validez: *Si pierdes el sentido sobrenatural de tu vida, tu caridad será filantropía; tu pureza, decencia; tu mortificación, simpleza; tu disciplina, látigo, y todas tus obras, estériles* (nº 280).

Por ello, quien quiere santificarse en la vida cotidiana debe llenarse previamente del amor de Cristo, ese amor, que según san Josemaría, *cada uno de nosotros debe esforzarse por realizar, en la propia vida. Pero para ser ipse Christus hay que mirarse en Él. No basta con tener una idea general del espíritu de Jesús, sino que hay que aprender de Él detalles y actitudes. Y,*

sobre todo, hay que contemplar su paso por la tierra, sus huellas, para sacar de ahí fuerza, luz, serenidad, paz (Es Cristo que pasa nº 107).

En el complejo proceso de anunciar la alegría del Evangelio a los demás, por decirlo con palabras del Papa Francisco, en esa tarea fascinante de anunciar a un mundo amado por Dios, pero que cada vez eclipsa al Único que puede ser su sentido, necesitamos ser contemplativos en medio de la sociedad en la que nos ha tocado vivir. Como advertía san Josemaría, *si queremos llevar hasta el Señor a los demás hombres, es necesario ir al Evangelio y contemplar el amor de Cristo... Cristo, perfecto Dios y perfecto Hombre, para hacer llegar a los hombres su doctrina de salvación y manifestarles el amor de Dios (Es Cristo que pasa nº 107).* Pretender imprimir otra dinámica evangelizadora a nuestro esfuerzo misionero sería abocarnos a agotar nuestras fuerzas espirituales, haciendo fracasar así cualquier proyecto pastoral que queramos emprender.

Sólo desde esa actitud prioritaria de contemplación, nuestra misión tiene futuro, y podemos vivir la auténtica santidad en la vida ordinaria, porque es ahí, en la en tantas ocasiones difícil y aburrida cotidianidad, donde descubrimos la presencia de Dios, donde vislumbramos la luz que dimana del rostro de un Padre que ha querido hacernos hijos suyos en su Hijo. En este aspecto, como en otros tantos, la vida de san Josemaría es un ejemplo, como recordó San Juan Pablo II, en la audiencia concedida a los peregrinos tras la canonización del fundador del Opus Dei: *El Señor le hizo entender profundamente el don de nuestra filiación divina. Él enseñó a contemplar el ros-*

tro tierno de un Padre en el Dios que nos habla a través de las más diversas vicisitudes de la vida. Un Padre que nos ama, que nos sigue paso a paso y nos protege, nos comprende y espera de cada uno de nosotros la respuesta del amor. La consideración de esta presencia paterna, que lo acompaña a todas partes, le da al cristiano una confianza inquebrantable; en todo momento debe confiar en el Padre celestial. Nunca se siente solo ni tiene miedo. En la Cruz -cuando se presenta - no ve un castigo sino una misión confiada por el mismo Señor. El cristiano es necesariamente optimista, porque sabe que es hijo de Dios en Cristo.

Así las cosas, se produce un enriquecimiento profundo y coherente de nuestra vida. Nuestra vida, en singular, porque superamos la tentación que nos ha inculcado la modernidad de pretender llevar dos vidas: la vida del mundo y la vida del cielo, la vida material y la de la tierra, la vida de nuestro trabajo, y la vida de nuestra oración y prácticas piadosas. En *Camino* escribía san Josemaría: *Sigue en el cumplimiento exacto de las obligaciones de ahora. —Ese trabajo —humilde, monótono, pequeño— es oración cuajada en obras que te disponen a recibir la gracia de la otra labor —grande, ancha y honda— con que sueñas* (nº 825). La contemplación da sentido a la acción, y la acción termina llevando a la contemplación, y de ahí, a la santidad.

Ésa es la dinámica del testigo de Cristo: estar con Dios, contemplar al Señor, para poder estar con los hombres después de manera apostólicamente fecunda. O por decirlo con palabras de san Josemaría: *Es necesario, pues, que nuestra fe sea viva, que nos lleve realmente a creer en Dios y a mantener*

un constante diálogo con El. La vida cristiana deber ser vida de oración constante, procurando estar en la presencia del Señor de la mañana a la noche y de la noche a la mañana. El cristiano no es nunca un hombre solitario, puesto que vive en un trato continuo con Dios, que está junto a nosotros y en los cielos. El cristiano, al hacer presente a Cristo entre los hombres, siendo él mismo pise Chistus, no trata sólo de vivir una actitud de amor, sino de dar a conocer el Amor de Dios, a través de ése su amor humano (Es Cristo que pasa nº 116).

En esta vertiente básica de la vida cristiana se inscribe el rico magisterio de san Josemaría sobre la oración, al que san Juan Pablo II hizo referencia en la homilía de canonización: *Pero para cumplir una misión tan ardua hace falta un incesante crecimiento interior alimentado por la oración. San Josemaría fue un maestro en la práctica de la oración, que consideraba un extraordinaria “arma” para redimir el mundo. Aconsejaba siempre: “Primero, oración; después, expiación; en tercer lugar, muy en «tercer lugar», acción” (Camino nº 82). No es una paradoja, sino una verdad perenne: la fecundidad del apostolado reside, ante todo, en la oración y en una vida sacramental intensa y constante. Éste es, en el fondo, el secreto de la santidad y del verdadero éxito de los santos.*

La oración, éste fue el secreto de la santidad de san Josemaría. Ser santo no es otra cosa que hablar con Dios como un amigo habla con el amigo, como Moisés hablaba con Dios, cara a cara, como un hombre habla con su amigo, según afirma el libro del Éxodo (33,11). Y la santidad, nos recuerda la vida de san Josemaría, no es colocarse en un podio superior al

que no pueden aspirar los demás. Ser santo no comporta ser superior a los demás; por el contrario, el santo puede ser muy débil, y contar con numerosos errores en su vida. La santidad es el contacto profundo con Dios: es hacerse amigo de Dios, dejar obrar al Otro, el Único que puede hacer realmente que este mundo sea bueno y feliz. La santidad es, desde esa intimidad fecunda con Dios, dejar obrar a Dios en su vida, como evoca el mismo nombre de Opus Dei: la Obra de Dios. Es Dios quien obra, por nosotros, en nosotros y para nosotros. Pero la obra es suya (cf. J. Ratzinger, *Dejar obrar a Dios*, artículo sobre san Josemaría publicado en L'Osservatore Romano, el 6 octubre 2002).

CONCLUSIÓN

San Josemaría fue elegido por el Señor para anunciar la llamada universal a la santidad y para indicar que la vida de todos los días, las actividades comunes, son camino de santificación. Se podría decir que fue el santo de lo ordinario. En efecto, estaba convencido de que, para quien vive en una perspectiva de fe, todo ofrece ocasión de un encuentro con Dios, todo se convierte en estímulo para la oración. La vida diaria, vista así, revela una grandeza insospechada. La santidad está realmente al alcance de todos (Cf. S. Juan Pablo II, *Discurso en la audiencia tras la canonización de san Josemaría*).

En la audiencia del pasado miércoles, 19 de noviembre, el Papa Francisco habló de la vocación universal a la santidad. Y como si escuchásemos a San Josemaría, con giros y expresiones que parecen tomadas de sus obras, el actual Pontífice

dirigió a la multitud congregada en la Plaza de San Pedro unas palabras, que sirven de colofón a las mías:

Ante todo, debemos tener bien presente que la santidad no es algo que nos procuramos nosotros, que obtenemos nosotros con nuestras cualidades y nuestras capacidades. La santidad es un don, es el don que nos da el Señor Jesús cuando nos toma consigo y nos reviste de Sí mismo, nos hace como Él.

¡Todos estamos llamados a ser santos! Tantas veces estamos tentados en pensar que la santidad está reservada solamente a quienes tienen la posibilidad de separarse de los quehaceres ordinarios para dedicarse exclusivamente a la oración. ¡Pero no es así! Alguno piensa que la santidad es cerrar los ojos y ‘poner cara de stampita’. ¡No, eso no es santidad! La santidad es algo más grande, más profundo, que nos da Dios.

Es más, es precisamente viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio cristiano en las ocupaciones de cada día que estamos llamados a ser santos. Y cada uno en las condiciones y en el estado de vida en el cual se encuentra. Siempre y en todo lugar se puede ser santo, es decir, abrirse a esta gracia que trabaja dentro de nosotros y nos lleva a la santidad.

¿Tú eres consagrado, consagrada? Sé santo viviendo con alegría tu donación y tu ministerio.

¿Eres casado? Sé santo amando y cuidando de tu marido o de tu esposa, como ha hecho Cristo con la Iglesia.

¿Eres un bautizado no casado? Sé santo cumpliendo con honestidad y competencia tu trabajo y ofreciendo tiempo al servicio de los hermanos. “Pero, padre, yo trabajo en una fá-

brica, yo trabajo como contable, siempre con los números... ahí no se puede ser santo”. ¡Sí, se puede! Allí, donde tú trabajas, tú puedes convertirte en santo. Dios te da la gracia de convertirte en santo, Dios se comunica contigo.

¿Eres padre o abuelo? Sé santo enseñando con pasión a los hijos o nietos a conocer y seguir a Jesús. Y se necesita tanta paciencia para esto, para ser un buen padre, un buen abuelo, una buena madre, una buena abuela, se necesita tanta paciencia, y en esta paciencia llega la santidad: *ejercitando la paciencia*.

¿Eres catequista, educador o voluntario? Sé santo convirtiéndote en signo visible del amor de Dios y de su presencia junto a nosotros.

He aquí: cada estado de vida conduce a la santidad, ¡siempre! En tu casa, en la calle, en el trabajo, en la Iglesia, en ese momento y con el estado de vida que tú tienes, ha sido abierto el camino hacia la santidad.

Cuando el Señor nos invita a convertirnos en santos, no nos llama a algo pesado, triste... ¡Todo lo contrario! Es la invitación a compartir su alegría, a vivir y ofrecer con alegría cada momento de nuestra vida, haciéndolo convertirse al mismo tiempo en un don de amor para las personas que nos rodean. Si comprendemos esto, todo cambia y adquiere un significado nuevo, un significado bello, a partir de las pequeñas cosas de cada día.

Un ejemplo: una señora va al mercado a hacer las compras, encuentra una vecina, comienzan a hablar y luego... llegan las habladurías. Y esta señora dice: “No, yo no hablaré mal de na-

die”. ¡Éste es un paso hacia la santidad! ¡Esto te ayuda a ser más santo!

Luego, en tu casa, tu hijo te pide hablar contigo de sus cosas fantasiosas: “Oh, estoy tan cansado hoy, he trabajado mucho”. Pero tú: ¡acomódate y escucha a tu hijo, que tiene necesidad! Te acomodas, lo escuchas con paciencia y... ¡éste es un paso hacia la santidad!

Luego, termina el día, estamos todos cansados, pero ¿y la oración? ¡Hagamos la oración! ¡ése es un paso hacia la santidad!

Llega el domingo, vamos a misa a tomar la comunión, a veces también una buena confesión que nos limpie un poco... ¡Ése es un paso hacia la santidad!

Después... la Virgen, tan buena y tan bella... tomo el rosario y lo rezo... ¡éste es un paso hacia la santidad! Tantos pasos hacia la santidad, pequeñitos.

Voy por la calle, veo un pobre, un necesitado, me detengo, le pregunto, le doy algo... Es un paso hacia la santidad.

¡Pequeñas cosas! Son pequeños pasos hacia la santidad. Cada paso hacia la santidad nos hará mejores personas, libres del egoísmo y de la cerrazón en uno mismo, y abiertos a los hermanos y sus necesidades.

¡Ésta es la llamada a la santidad! Recibámosla con alegría y sostengámonos los unos a los otros, porque el camino a la santidad no se recorre solos, cada uno por su cuenta, sino que se recorre juntos, en aquel único cuerpo que es la Iglesia, amada y santificada por el Señor Jesucristo. Vamos adelante con valentía por este camino de la santidad (texto completo

en http://w2.vatican.va/content/francesco/es/audiencias/2014/documents/papa-francesco_20141119_udienza-generale.html)

En ese camino de buscar la santidad en la vida cotidiana, nos iluminarán siempre las ricas enseñanzas de San Josemaría, y no nos faltará nunca su poderosa intercesión.

Muchas gracias.